

Soledad Miguel. Universidad de Gotemburgo

La voz del exilio socialista en México: Indalecio Prieto Tuero

El 2006 fue declarado por el gobierno español “Año de la memoria”, con motivo del 70 aniversario del estallido de la guerra civil (1936-1939). Pero una parte importante de esa memoria hay que buscarla en México, país que abrió generosamente sus puertas a miles de refugiados políticos.

Este artículo tiene dos objetivos principales, el primero es esbozar la actividad política y comentar los discursos de la principal figura del exilio socialista en México, Indalecio Prieto Tuero. El segundo objetivo es reflexionar brevemente sobre los problemas que ha traído consigo la llamada *recuperación de la memoria histórica* y de esa manera traer a este Coloquio de Cultura Mexicana una problemática muy actual en España.¹

El exilio socialista en México

Lo primero que hay que señalar es que México fue el país que con mayor generosidad abrió las puertas a los exiliados españoles al finalizar la guerra civil. Fue el entonces presidente, general Lázaro Cárdenas, quien promovió una política de solidaridad que supondría la llegada sucesiva entre 1939 y 1943 de unos 30.000 españoles, de los que un 5% se dedicaban a tareas educativas (Lida, 2002: 207). Llegó así a México una gran parte de la elite académica española, baste recordar los más de 360 catedráticos universitarios que aquí se asilaron (Aznárez, 2003: 47).²

¹ El profesor Santos Juliá en su conferencia “Memoria, historia y política” (18-VI-2007) en la Escuela Superior de Profesores de Estocolmo planteaba que los dos grandes debates de actualidad en la sociedad española son el de la nacionalidad y el de la recuperación de la memoria histórica.

² El tema de los exiliados españoles en México ha sido ampliamente tratado por la historiografía. Fue uno de los temas de la exposición *Exilio* en Madrid, que tuvo gran afluencia de público (septiembre y octubre 2002) y del libro del mismo nombre en el que colaboraron varios especialistas.

Entre esos 30.000 españoles había un nutrido grupo de militantes socialistas, pertenecientes a sus dos principales organizaciones: el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la confederación sindical Unión General de Trabajadores (UGT). El PSOE, partido político que había sido uno de los pilares de la Segunda República española, participando con tres ministros en los gobiernos reformistas del bienio 1931-1933, se encontraba en 1939 en el peor momento de su historia.

Como recuerda Juan F. Fuentes (2005: 400) a los 60 años de la fundación del PSOE, los socialistas habían perdido en España su derecho a la vida además de todo su patrimonio: periódicos, casas del pueblo, sindicatos, centros educativos, mutualidades, cooperativas y barrios de viviendas obreras. En resumen, la victoria de Franco supuso para los socialistas tanto la pérdida de su derecho a existir como a ocupar un espacio público y simbólico. A todo ello habría que sumar un problema añadido, las fuertes enemistades, cuando no odios, que habían surgido entre los mismos socialistas debidos a las luchas internas vividas antes y durante la guerra civil. Teniendo en cuenta todo ello, no es una exageración afirmar que los socialistas llegaban muy maltrechos a su asilo de México.

La reconstrucción de las organizaciones y el liderazgo de Indalecio Prieto

Las primeras tareas para los socialistas serán: el reencuentro, la ayuda a los refugiados y la reconstrucción de las organizaciones; tareas que recobrarán mayor importancia cuando se produzca la ocupación nazi en Francia. En el periodo de 1940 a 1944 el grupo socialista allí refugiado (entre el que figuraban varios altos cargos) pasa a la clandestinidad, lo que convierte al núcleo socialista de México en el único significativo en el exilio.

En la primavera de 1940 se crea el Centro Cultural Pablo Iglesias del que surgirá el Círculo Pablo Iglesias y en ese mismo año se comienza a imprimir el semanario *Adelante*, órgano de expresión. Las reuniones de los socialistas se realizaban con frecuencia en el Centro

Republicano Español, convirtiéndose en un ritual las cenas de confraternidad socialista para la celebración del uno de mayo.

La reconstrucción del PSOE, con la elección de una nueva Ejecutiva, también es realizada durante estos años. Creándose además unas nuevas Juventudes Socialistas en 1942, cuyo órgano de expresión *Renovación* llevaba, en prueba de continuidad, el mismo nombre que la publicación que las Juventudes habían tenido en España.

En todo este proceso de reconstrucción va a ser esencial la presencia del líder Indalecio Prieto Turo, que se había refugiado en México donde se encontraba al final de la guerra civil, en su gira como embajador plenipotenciario de la República. Prieto era el líder de la corriente centrista del socialismo y se había caracterizado siempre dentro del PSOE por sus convicciones democráticas y su afán de colaboración con los republicanos. Durante la Segunda República había ocupado los cargos de Ministro de Hacienda primero y de Obras Públicas después, y durante la guerra civil los de Ministro de Marina y Aire primero y de Defensa después.

Prieto gozaba de unos recursos excepcionales para el liderazgo, pues poseía unas grandes dotes oratorias, además de ser un experto periodista. A la autoridad de Prieto en México contribuía su amistad con el presidente mexicano, general Lázaro Cárdenas, y su amplia red de contactos. Una de sus tareas más importantes fue la creación y puesta en funcionamiento en 1940 de la JARE, Junta de Auxilio Republicana, que financiaba el traslado a México y las primeras ayudas a los refugiados republicanos.³

Prieto se convirtió así en uno de los principales líderes del exilio en México, gozando de un apoyo mayoritario entre los socialistas que allí se encontraban, con la excepción de un pequeño grupo que formó el Círculo Jaime Vera.

³ Los enemigos de Prieto han aprovechado siempre su gestión en la JARE para acusarle de malversación, sin embargo la investigación muestra la eficiencia y honradez de dicha gestión (Mateos, 2005: 109-146 y Cabezas, 2005: 457-484).

Prieto va a llenar su largo exilio (1939-1962) con la dedicación a la causa de España y será el periodo de 1939 a 1950 cuando su dedicación sea más intensa.

La lucha por la vuelta de la democracia a España

Lo que nos parece más destacable de la actividad política de Prieto hasta 1950 es su trabajo en la creación de una estrategia política que permitiera la vuelta de la democracia a España, para lo que puso todo su empeño.

Podemos constatar como este líder en los primeros años del exilio busca crear instrumentos útiles para conseguir dicho objetivo. Así se deben entender sus esfuerzos por unir a las fuerzas políticas del exilio con la creación en 1943 de un organismo, la JEL, Junta Española de Liberación, ideada por Prieto como una plataforma unitaria para la recuperación de la democracia.

El núcleo de la estrategia que Prieto va a ir desarrollando será lograr, con el apoyo de las potencias democráticas (USA, Francia y Gran Bretaña), la creación de un gobierno provisional en España que acabara con la represión y, sin afán de revancha, restableciera todas las libertades, para después convocar a los españoles a un plebiscito sobre el régimen que deseaban. Dicho plebiscito abriría la posibilidad de una vuelta al régimen republicano pero también al de una monarquía parlamentaria.

Es significativo que Prieto, republicano convencido, planteara una estrategia de vuelta a la democracia que muy bien podría desembocar en una monarquía parlamentaria. Esto se explica por el marcado *posibilismo* político que caracterizó a este líder.

El líder socialista tenía en cuenta dos factores, primero, que no se podía imponer a los españoles la vuelta a la república y segundo, que para obtener la ayuda de Gran Bretaña había que contar con los monárquicos españoles en el exilio, que gozaban del apoyo británico.

Prieto consideraba que la unión de la oposición democrática antifranquista en el exilio era una condición imprescindible para conseguir la ayuda de las potencias democráticas. También veía imprescindible excluir de esa unión a los comunistas por tres razones principales: por considerarlos totalitarios, porque no les perdonaba su comportamiento durante la guerra civil y por el fuerte anticomunismo de las potencias democráticas, muy acentuado a raíz del inicio de la guerra fría.

La coyuntura histórica de 1945, con la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial y el fin de Hitler y Mussolini, se presentaba favorable a la estrategia de Prieto. En 1946 la declaración de condena al gobierno franquista en la ONU (con la recomendación de la retirada de embajadores) despertó, tanto en el líder socialista como en la mayoría de los exiliados españoles, la esperanza de una intervención internacional para suprimir el régimen de Franco.

Prieto reforzó entonces sus actuaciones, consciente de que su estrategia iba a suponer el rechazo de una gran parte de sus camaradas socialistas. Viajó en 1947 a Toulouse para convencer a la Asamblea de Delegados y que ésta, en representación del Congreso del PSOE, le diera el mandato para negociar con los monárquicos. Conseguido ésto, se dedicó a negociar con José María Gil Robles, líder en el exilio de la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA), que aspiraba a la vuelta de España a la monarquía parlamentaria.⁴

Después de una larga y difícil negociación con interrupciones por la falta de colaboración del pretendiente al trono, don Juan de Borbón (padre del actual rey de España, don Juan Carlos de Borbón), el PSOE y la CEDA firmaron en 1948 el llamado Pacto de San Juan de Luz, que según Santos Juliá (1997: 315) era muy similar al programa de la transición, aquel que treinta años más tarde había de traer la democracia a España.

⁴ La CEDA, Confederación Española de Derechas Autónomas, había sido durante la República el gran partido católico de masas.

Pero el Pacto de San Juan de Luz quedó invalidado en la práctica, primero por la actuación ambivalente de Don Juan de Borbón y sus contactos con Franco, y definitivamente en 1950 cuando la ONU anuló su resolución de 1946 de condena del régimen franquista, con lo que se abrían las puertas a la legitimación de dicho régimen.

Prieto, profundamente afectado por su fracaso, dimitió a finales de 1950 de todos sus cargos (entre los que figuraba el de Presidente del PSOE) regresando a México.

Después del fracaso

A pesar del fracaso, Prieto no abandonó la actividad política, entendida ésta como militancia activa en su partido; ya que los extranjeros tenían prohibido intervenir en la política nacional mexicana, lo que le impedía a él, como a todos los refugiados españoles, actividades de otro signo (Lida, 2002: 208).

Aún aquejado de serios problemas de salud seguiría acudiendo a Francia cortas temporadas para participar en los cuatro congresos del PSOE en el exilio, celebrados cada tres años entre 1952 y 1961. En sus intervenciones en dichos congresos transmitió al PSOE su total desconfianza tanto en Don Juan de Borbón como en los comunistas españoles.

En México Prieto siguió participando en las actividades de la agrupación socialista y pronunciando discursos en fechas señaladas, como en las cenas de confraternidad socialista la víspera del uno de mayo.

Participaba también de los homenajes y actos conmemorativos que sellaban los lazos entre los refugiados y México, cuyos sucesivos gobiernos mantuvieron la línea de no reconocer oficialmente el gobierno de Franco comenzada por Cárdenas. Prieto promovió, sin éxito, la candidatura de éste al Premio Nobel de la Paz y participó en 1957 en el homenaje de la emigración española a Lázaro Cárdenas y en el semanario *Adelante*, que dedicó entonces un número especial a la figura del expresidente. Una fotografía de 1960 nos muestra a un Prieto

envejecido, presidiendo el “Homenaje a México”, en el 150 aniversario de su Independencia, organizado por el Centro Republicano Español (Mateos, 2005: 228).

En sus últimos años se dedicó cada vez más al periodismo, escribiendo de temas variados, muchas de sus glosas dedicadas a preservar la memoria. Tenía proyectado escribir una biografía que nunca concluyó, pero sí dejó terminados relatos breves en los que con gran maestría recordaba personajes o escenas vividas, en los que nunca falta la emoción y la ironía. En su producción encontramos también muchas necrológicas de compañeros de partido, pero también de personajes públicos eminentes (Gregorio Marañón o José Ortega y Gasset).

La voz de un líder socialista

De la obra escrita dejada por Prieto hemos elegido comentar brevemente sus discursos en México. Esta elección se debe, por un lado, a que se suele considerar que Prieto es, junto con Azaña, uno de los oradores políticos más brillantes de la República y de la España del siglo XX, en general. Por otro lado, pensamos que los discursos son especialmente significativos ya que de alguna manera condensan el contenido de los muchos artículos que escribió, adaptándolo al auditorio de cada ocasión, de ahí su interés.⁵

Entendemos además que ellos representan como el mismo Prieto indica (1991-1: 11) *un recuerdo de la expatriación*. La voz apasionada de este líder en su exilio mexicano es por tanto un ejemplo de memoria particular, al tiempo que representativa del exilio socialista en su conjunto.

La mayor parte de los discursos de Prieto han sido conservados y varios fueron publicados en vida del autor. Ello muestra hasta qué punto eran valorados como vehículo de propaganda política. La versión conservada era siempre la taquigrafiada, con lo que la fidelidad a la palabra hablada queda garantizada.

⁵ En la presentación de su libro *Discursos en América*, Prieto (1991-1: 11) reconoce que escribió centenares de artículos en el periodo 1939-1944.

Vamos a fijar nuestro interés en algunos de los que Prieto pronunció en México entre 1939 y 1955, parte de ellos recogidos en sus *Discursos en América* publicados en 1944 por las Juventudes Socialistas.

No se trata de discursos doctrinarios y eso es lo que les da relevancia como memoria del exilio, pues reflejan la interpretación del líder socialista de realidades concretas del momento. En uno de ellos Prieto (1991-1: 100) se autodefinió en los siguientes términos “no soy hombre de libros, soy hombre de la calle, y por eso traigo aquí el eco de la calle”, también dejó claro en diversas ocasiones que entendía la política principalmente como un “arte de realidades” (Prieto, 1991-1: 28).

Caracterización de la oratoria de Prieto

El líder socialista tenía cuando llegó a México, además de una larga experiencia política, gran fama de orador. Vemos como en sus discursos es muy consciente de lo que supone hablar en público, ya que con frecuencia intercala reflexiones sobre su propia oratoria como en la cita que sigue. En ella se dirige por radio a los mexicanos en un discurso que comentaremos más adelante. Estamos justo en el inicio del discurso y podemos comprobar cómo éste se ajusta a las recomendaciones de la retórica clásica al orador, de que en el exordio trate de conseguir un público atento, dócil y benévolo (Pujante, 2003: 95-97). Para ganarse la benevolencia el orador ha de mostrarse modesto, en este caso concreto, Prieto se muestra desconcertado y solo:

A quien, como yo, durante treinta años de vida pública, acostumbró su palabra al eco fragoroso de las multitudes, forzosamente ha de desorientarle este novísimo sistema de la difusión por radio. Me falta ahora la inspiración de una muchedumbre presente que revele su estado de ánimo con el aplauso o con la imprecación. Y por ello, al verme en esta soledad, me desconcierto. Sé que tengo un auditorio inmenso, pero ausente, invisible. Forjado como yo entre multitudes, el no tenerlas conmigo forma un vacío perturbador. (...) al no descubrir en vuestros rostros la impresión que puedan producir mis palabras, siento, lo repito, un vacío enorme que me desorienta.

Además el procedimiento de la radiodifusión resulta adecuado para aquellos que saben modelar y enfriar sus palabras en las cuartillas, y mi hábito consiste en dejarlas correr libre, desordenada y fogosamente, sin siquiera disipar el vaho con que salen de mi pecho. (Prieto, 1991-1:53-54)

Aunque Prieto en la cita precedente hable de improvisación y desorden, sus discursos tienen una clara estructura, con un título que comenta y al que vuelve, para mantener el hilo conductor. Al inicio, en el exordio, siempre presenta el tema a tratar y con frecuencia cierra el discurso aludiendo de nuevo al *leit motiv*.

Una particularidad es que Prieto, con frecuencia, se cita a sí mismo, repitiendo en el discurso que pronuncia pasajes enteros de otro anterior, lo hace de manera consciente, pues según él mismo declara, la reiteración era producto “de una obsesión, aunque no enfermiza, sino sanitaria, pues ciertas cosas quise clavarlas a martillazos en el magín de mis oyentes” (Prieto, 1991-1:12).

Es evidente que al hablar se basa en un guión claramente estructurado de antemano, eso no quiere decir que luego a la hora de pronunciar el discurso lo lea, ni que no se permita improvisaciones con ejemplos significativos o digresiones, de las que siempre advierte al auditorio. Lo que no ofrece dudas, es que estamos ante un orador que se arroga el papel de líder tanto para interpretar la opinión del auditorio, como para orientarle a éste e incluso para educarle. Pero no por ello es la de Prieto una oratoria aburrida sino muy por el contrario, es una voz apasionada.

Para persuadir de sus argumentos se sirve de manera muy característica de los dos recursos que en la retórica clásica (Hellspong, 2001: 101) se denominan *ethos* (el carácter y la personalidad del orador según son presentados al auditorio) y *pathos* (los sentimientos del auditorio).

En cuanto al *ethos*, Prieto muestra su autoridad dirigiéndose al auditorio con una gran seguridad, que no resulta jactanciosa porque la equilibra mostrándose humano y apelando con frecuencia a obtener un contacto íntimo con el auditorio. Prieto en su papel de orador, siempre se acerca al público planteándole los temas con todo el apasionamiento que despiertan en él

mismo. Utiliza así con frecuencia la primera persona del singular, para después pasar al nosotros inclusivo y dar de esa manera una identidad compartida al auditorio.

En cuanto al *pathos*, Prieto que era un hombre emocional, cultivaba al máximo esa faceta suya en los discursos, tanto para contagiar al público de sus propias emociones, como para ayudarse de los sentimientos despertados en el auditorio a la hora de atraerle a su argumentación y hacerle aceptar su estrategia.

La caracterización que hemos hecho se puede aplicar en el siguiente ejemplo, donde Prieto se enfrenta a la difícil tarea de que un auditorio en el que abundan elementos anticlericales se avenga a la estrategia que él propone de negociar con los católicos moderados en el exilio:

No soy católico. No hago esta declaración por jactancia, sino porque entre los comentaristas suelen abundar los mentecatos y quiero cortar el paso a ciertas interpretaciones en las que gusta incurrir la mentecatez. No he sido católico nunca y no siento ahora, en el fondo de mi conciencia, tembleteos de arrepentimiento que hagan vacilar mis convicciones. He vivido laicamente toda mi vida. He oído himnos a Cristo, acompañados de un armonium en modesta capilla protestante, y hasta he participado en esos cánticos. Pero tampoco soy protestante, menos católico. He vivido laicamente, repito. Y hace cuarenta años, cuando ello era un escándalo, incluso en nuestras propias filas, casé civilmente. Mis muertos los he enterrado yo, sin cortejos funerarios, ni religiosos ni laicos. Yo solo, con mis hijos, marché tras los féretros. Pero no puedo olvidar, porque quiero ser hombre realista, la realidad de mi Patria, donde tanto arraigo tiene el catolicismo. Conste además que no vengo a predicar conjunciones monstruosas, amalgamas grotescas, ni uniones ridículas. Estoy donde estaba, estoy en el Partido Socialista. Pero digo – fijaos bien en mis palabras – que para el experimento de carácter social inevitable en España, es necesaria la cooperación de los católicos. No encuentro nada reprochable en la doctrina de Jesús, de quien Renan, que no era un idólatra, dijo que, cuando se quiera borrar su nombre de los anales del mundo se conmovirá éste en sus cimientos. No estoy disconforme con la doctrina de Jesús de Nazareth; por el contrario, la acepto. No veo incompatibilidad entre los postulados sociales de Cristo y los del socialismo, pero soy opuesto a los procedimientos del catolicismo para implantar aquellos postulados. (Prieto, 1991-2: 30-31)

Vemos aquí esa característica tan particular de Prieto, que siempre se implica en sus discursos. En este párrafo se sirve ampliamente de su trayectoria personal (su niñez en una escuela protestante, sus hijos, su temprana viudez) y de su razonamiento como fuente de autoridad, además de apelar a otra voz autorizada (Renan) para argumentar a favor del cristianismo, diferenciando el mensaje cristiano de lo que significa la Iglesia católica. Y todo ello, como ya apuntamos, con la finalidad de que un auditorio anticlerical se convenza de la necesidad de la colaboración con los grupos católicos moderados.

La guerra civil explicada al público mexicano

Prieto tuvo el privilegio de pronunciar en 1940 el discurso *Los españoles en México* (Prieto, 1991-1: 53-72) radiado por la estación radiodifusora del Partido de la Revolución Mexicana, en una fecha tan señalada como el día 16 de septiembre, la Fiesta Nacional.⁶ Ello es una prueba del prestigio de que gozaba en aquel momento, propiciado por su amistad con el presidente Cárdenas.

Es un discurso en apariencia sencillo pero muy complejo, ya que Prieto tiene varios objetivos, uno de ellos, el obligado de la celebración, acarrea un segundo, el de justificar que un español pueda y deba celebrar la independencia de México. Para lo cual Prieto acude a alabar las manifestaciones de la cultura común de la hispanidad (arte, literatura, religión), y termina el discurso identificándose con la meta de Cárdenas de *mexicanizar* al indio.

Prieto aprovecha para desarrollar ampliamente otros temas, ya que otro objetivo fundamental del discurso es que los mexicanos acepten de buen grado a los exiliados españoles. Para ello trata de dar una imagen positiva de los españoles, justificando su llegada al evocar la crueldad de la guerra civil y garantizando que vienen a contribuir al bienestar del país.

Pensamos sin embargo que la parte más interesante es la dedicada a explicar la guerra civil a los oyentes mexicanos, ya que Prieto, por ser uno de los protagonistas políticos de relevancia, fue testigo privilegiado de la contienda. Hace una dramática semblanza de la guerra, y recuerda cómo al inicio de la misma habló por la radio, profetizando que sería larga, pero nadie le hizo caso. Tampoco sirvió de mucho la súplica de su segunda alocución radiofónica:

Hice un llamamiento a la concordia imposible y me atreví a pedir -¡inútilmente, lo declaro!- a unos y otros que se despojaron en la lucha de todo afán de crueldad. Por el mundo ha rodado el eco de las crueldades en la guerra de España. Ahora, ya no beligerante, prescindo de fijar la cuantía de aquellas que corresponden a nuestros adversarios y de aquellas en que incurrieron los de mi bando. Os declaro que me avergüenzan todas, ¡todas!, las nuestras y las de ellos; me avergüenzan todas como español. (Prieto, 1991-1: 56-57)

Los párrafos más significativos son los dedicados al tema de las causas que provocaron la guerra, que plantea como un asunto de culpabilidad. Presenta los antecedentes en las maniobras de los tres poderes fácticos, oligarquía, ejército e Iglesia católica, que se aliaron contra la república y sus reformas, y aunque considere que fueron los generales sublevados los que provocaron directamente la contienda, hace autocrítica en cuanto reconoce que también la izquierda tuvo parte de culpa por “crear un clima favorable a la subversión” con demagogia, líderes faltos de civismo, huelgas y reivindicaciones insensatas. Abunda Prieto en la responsabilidad de los sindicatos: “no puede admitirse el egoísmo sindical cuando las pretensiones que plasme dañen los intereses del país, que son los fundamentales.” Y concluye reconociendo dolorido: “En España unos y otros decíamos amar la Patria, unos y otros la vitoreábamos; unos y otros justificábamos nuestras actitudes en el deseo de servirla, pero entre todos concluimos por arruinarla.” (Prieto, 1991-1: 70)

La referencia a la guerra no es gratuita, Prieto se presenta también ante los mexicanos como un líder-maestro que con la semblanza de la guerra civil, quiere mostrarles un ejemplo doloroso que conoce a fondo, de manera que ellos mismos saquen las consecuencias, si la situación de México en 1940 es similar o no a la que condujo a España a la guerra. Les advierte también, apelando al nacionalismo mexicano de otro gran peligro: “Los pueblos divididos por profundas disensiones políticas internas pueden estar condenados a ser presa de naciones poderosas al acecho”. (Prieto, 1991-1: 65)

Los errores socialistas y la guerra civil

En realidad, Prieto ya había hablado en México ampliamente sobre la guerra civil, fue al inaugurarse el Círculo Pablo Iglesias, el 21 de abril de 1940. Su discurso se titulaba *Posiciones de los socialistas españoles en la emigración* (Prieto, 1991-1: 25-52) y en esa

⁶ Este discurso fue publicado como folleto en ese mismo año, 1940, en la Imprenta Vizcaya en México D. F.

ocasión se dirigía a un público socialista por lo que sus referencias son mucho más detalladas y concretas que en el mensaje radiado a todo México. Ante sus camaradas Prieto hace un repaso a fondo de todos los que a su juicio fueron errores socialistas que, aunque no provocaron la guerra, sí contribuyeron a que se originase.

Aprovecha así para lanzar sus críticas, como ya lo había hecho antes de que estallara la guerra, contra el socialismo pretendidamente revolucionario de la facción del PSOE representada por Largo Caballero, y sin nombrarlo directamente habla de la demagogia, insensatez y jactancia de unos líderes que no supieron ser tales, porque no procuraron frenar las huelgas y los desórdenes continuos durante el gobierno del Frente Popular, al mismo tiempo que se negaban a participar en un gobierno republicano-socialista como solución para pacificar el país.

Desarrolla Prieto (1991-1: 35-38) ampliamente un tema que le toca de lleno, el porqué no aceptó el ofrecimiento de Manuel Azaña, presidente de la República, de formar gobierno en mayo de 1936. Algo que, a decir de muchos, hubiera salvado a España del golpe militar de julio y de la guerra civil. Deja claro que si no aceptó fue primero porque la mayoría del grupo socialista voto ampliamente en contra de colaborar con el gobierno republicano de Azaña y segundo, porque si a pesar del veto, hubiera aceptado le hubiese sido imposible gobernar con las masas radicalizadas de UGT en contra.

Prieto ataca luego a los dirigentes comunistas y les culpabiliza de las divisiones que surgieron dentro del PSOE, además de acusarles por las brutalidades que cometieron durante la guerra civil y de la manera nefasta que el gobierno de Negrín actuó, a causa de sus manipulaciones. Esta visión que ofrece Prieto de la guerra civil le sirve para reafirmarse en sus posturas centristas y al mismo tiempo criticar tanto el revolucionarismo de Largo Caballero como el colaboracionismo de Negrín. De forma que su posición socialista aparezca como la única coherente para los socialistas del exilio, y su liderazgo resulte indiscutible.

Dos años después en su discurso *Confesiones y rectificaciones* del 1 de mayo de 1942 (Prieto, 1991-1: 97-140) también dirigido a sus camaradas en el Círculo Pablo Iglesias, Prieto completa su crítica a la actuación del PSOE antes de la guerra y llega a condenar públicamente la estrategia de su partido, de abandonar la colaboración con los republicanos de izquierda en 1933, lo que dio el triunfo a las derechas en las elecciones y acabó conduciendo a la insurrección de Asturias 1934. Prieto, en una confesión llena de dramatismo, se arrepiente a título privado de haber participado en la gestación de aquella revuelta, que consideraba una locura. Esta confesión era especialmente significativa, porque la insurrección del 34 era el único desliz antidemocrático de toda su larga vida política.

Los muertos mandan

Otro ejemplo significativo para caracterizar la habilidad oratoria de Prieto lo tenemos en el discurso *Los muertos mandan* (Prieto, 1991-2: 37-58), pronunciado en el teatro Hidalgo de México, el 24 de octubre de 1943, en el homenaje a Luis Companys, fusilado por Franco. Companys es presentado como un mártir, con atributos de la iconografía cristiana. Primero resume Prieto la vida ejemplar de este líder catalán, modelo de caridad cristiana y de amor al prójimo en su trabajo “en defensa del desvalido”. Pasa luego a describir dramáticamente su cautiverio y las vejaciones que sufrió hasta llegar al fusilamiento, y muestra la dignidad serena del reo al pronunciar sus últimas palabras ante el piquete de la guardia civil “Asesináis a un hombre inocente”. Todo ello convierte a la barcelonesa colina de Montjuic, lugar de crueles represiones políticas, en el Nuevo Gólgota.

Prieto aprovecha el discurso para recordar también a otros políticos asesinados, Cruz Salido, Zabalza y Zugazagoitia a los que también Franco acababa de fusilar, para los que el orador hace extensivo el homenaje. Destaca que tienen en común con Companys su inocencia y que

ellos, lo mismo que la hermana de Companys, piden en sus cartas-testamento que su muerte no de lugar a rencores ni venganza. Esto es, de nuevo un mensaje cristiano de perdón. Pero la maestría del discurso de Prieto está en cómo aprovecha esta petición de perdón cristiano para despertar la indignación del auditorio, señalando lo difícil que le resulta perdonar teniendo en cuenta el comportamiento de la Iglesia católica, tan anticristiano, con sacerdotes que se han dedicados a “aprobar, presidir y hasta encomiar tamañas crueldades”.⁷ De manera que el discurso finaliza en un crescendo de sentimientos de dolor e indignación, que culmina con la apelación final de Prieto (1991-2: 58): Cumplamos hasta donde podamos la voluntad de los muertos. ¡Los muertos mandan! *Ara mes que mai, catalans!* ¡Ahora más que nunca, españoles todos! (*Larga ovación.*)

Patriotismo y democracia

Prieto expresa su amor a España con exclamaciones y expresiones desbordadas, reflejo de sentimientos auténticos, con los que arranca siempre las ovaciones del público. Pero este patriotismo no se queda en la añoranza dolorida que provoca fuertes sentimientos, sino que es la base de todas sus propuestas políticas. Es un patriotismo activo.

De manera que encontramos en los discursos de Prieto sus porfiados intentos de buscar soluciones para la vuelta de la democracia a España. Tiene en cuenta para ello el contexto internacional, porque reconoce que los españoles necesitan el apoyo de las potencias democráticas para librarse de Franco.

⁷ Nos atrevemos recomendar la lectura de *Los muertos mandan* a los jefes de la Iglesia católica en España; atrevimiento que es disculpable teniendo en cuenta que ellos nos vienen recomendando a los ciudadanos españoles desde el 2004 cómo pensar y hasta cómo votar. Quizás les serviría para el ejercicio de autocrítica de que tan necesitada está la Iglesia Católica, que nunca ha pedido perdón por su sanción moral a la represión franquista. Sobre este asunto trata el imprescindible artículo de Santos Juliá “Religión y muerte en la España del 36” en *El País*, 21-10-2007.

Formula su estrategia con la claridad de un pedagogo, dando todas las explicaciones necesarias y rebatiendo a sus críticos (Prieto, 1991-2: 117). Y declara además con absoluta seguridad que los intereses de España están por encima de los del partido.

Pero el líder socialista no se limita a formular la estrategia para la vuelta de la democracia a España, y quizás en ello resida el aspecto más original de los discursos. En ellos se dedica a *pensar la democracia*, con propuestas concretas para mejorar las instituciones democráticas y para crear un estado del bienestar. Trata así temas como el papel de los sindicatos, los seguros sociales y el parlamentarismo. Su interés por ellos no es teórico, sino por cómo llevar a cabo las reformas y por los problemas que pueden surgir en su implementación. La democracia es para Prieto el mejor sistema de gobierno si se le compara con cualquier otro, pero siempre perceptible de ser mejorado.

Producto también de su patriotismo activo y democrático son los discursos pronunciados entre 1953 y 1955, con títulos tan expresivos como *España gibraltizada*, *Las negras entrañas del pacto hispano-yanqui* y *El régimen franquista ante la ONU y la OTAN*, motivados por el pacto militar que el gobierno de los Estados Unidos firmó con Franco y por la entrada de España en la ONU.⁸ En ellos denuncia la contradicción de que una democracia apoye la tiranía de Franco para combatir otra tiranía, la soviética. Denuncia también que las bases militares suponían una pérdida de soberanía nacional española y una amenaza de guerra atómica tanto para España como para la Europa de la OTAN. En el tenebroso panorama de la guerra fría, Prieto deja claro que no se une al anticomunismo.

Recuperación de la memoria histórica

Una vez esbozada la actividad política y comentados los discursos de Prieto en México, vamos a pasar al segundo objetivo de este artículo: reflexionar sobre algunos de los problemas

⁸ *España gibraltizada* se encuentra en Prieto, 1999: 439-461. Referencias y citas de estos tres discursos se encuentran además en Cabezas (2005: 651-653 y 664-665)

que ha traído consigo la llamada “recuperación de la memoria histórica”. Como estos términos resultan ambivalentes, antes de nada habría que aclarar que por dicha recuperación se entiende hoy día en España algo más concreto, esto es, la rememoración de la guerra civil y sus consecuencias.

Un hecho a constatar es que desde finales de los años noventa existe un renovado interés en la sociedad española por la guerra civil y que hoy día, a más de 70 años del comienzo de la misma, dicho interés es mayor que en décadas anteriores. Esto se ha manifestado en la publicación de gran número de trabajos de investigación, tanto de historiadores profesionales como de periodistas y aficionados. Una gran parte de estos trabajos están dedicados, como indica Juliá (2006: 73) al estudio de la represión ejercida sobre los vencidos durante y después de la guerra.

En este contexto la rememoración de la guerra civil ha sido además fomentada por los organismos oficiales siguiendo las directrices del gobierno socialista de José Luis López Zapatero, en el poder desde marzo del 2004. Como señalamos al principio de este artículo, dicho gobierno proclamó al 2006 el *Año de la memoria*.

Pero uno se puede preguntar como hace Aróstegui (2006: 61): “recuperar la memoria ¿para qué? ¿Con qué funcionalidad?”. La recuperación que el gobierno socialista español ha propuesto tiene una declarada intencionalidad, ésta es la de la reparación de los vencidos.

El problema es que en una sociedad democrática como la española, no todos los ciudadanos entienden la recuperación de la memoria histórica de la misma manera. Muy por el contrario, algunos publicistas, en vez de interesarse por la reparación de los vencidos, han elegido otro camino y ya desde finales de los años noventa se dedican a la justificación del golpe de estado que provocó el inicio de la contienda y a la inculpación a la izquierda republicana y socialista.

Justificación del golpe militar frente a reparación de los vencidos

La línea interpretativa que siguen estos publicistas, y que se suele conocer como revisionismo o profranquismo, no es nueva, sino que sigue el núcleo de la interpretación que ofrecieron historiadores franquistas: justificar el golpe de estado de los generales rebeldes contra la joven república, alegando que, por un lado, fue inevitable a causa del caos social producido por las izquierdas y que, por otro lado, fue necesario para impedir la inminente revolución que se avecinaba (Moradiellos, 2004: 68-69).

El revisionismo tiene en el publicista Pío Moa (Pérez Ledesma, 2006: 124-129) a su figura más representativa, quien ha venido publicando una serie de libros muy vendidos en torno al tema de la Segunda República y la guerra civil.

En sus interpretaciones Moa va más allá de los historiadores franquistas, cuando por ejemplo hace la provocativa afirmación de que la guerra civil no comenzó en 1936, sino en 1934 con la revolución de Asturias.

Un fenómeno que se produce con los libros de este publicista es que las afirmaciones vertidas en ellos son luego utilizadas como fuente fidedigna por periodistas y publicistas de la derecha más extrema. De modo que el revisionismo sirve para atacar a la izquierda en general y muy en particular al PSOE.

Si tomamos el caso concreto de Indalecio Prieto, podemos ver que el revisionismo silencia o minimiza los esfuerzos que este líder hizo, por un lado, para frenar la demagogia del socialismo revolucionario y la oleada de desorden público y, por otro lado, para apoyar al gobierno republicano de Azaña en la primavera de 1936. Por el contrario el revisionismo magnifica hechos que suficientemente manipulados acaban sirviendo para inculpar a Prieto del estallido de la guerra civil.⁹

⁹ Así Pío Moa sugiere en *El asalto a la República* (2005) que Prieto indujo al asesinato de Calvo Sotelo.

Eliminar el honor

Además de la obra de Moa, encontramos en Internet páginas en que se denigra o se injuria a Prieto tachándole de antiliberal, totalitario o antidemócrata.¹⁰ Ya que manchar a un líder socialista de entonces siempre puede servir para ensuciar al PSOE actual. En su oposición a los socialistas algunos miembros de la derecha menos civilizada han hecho suyo el lema de *todo vale*.

En realidad los autores de esas páginas de Internet no hacen nada nuevo, sino que repiten la actuación de algunos medios de comunicación españoles en 1962 a la muerte de Indalecio Prieto, en plena dictadura franquista.

Mientras en México, su patria de adopción, se le recordó con admiración y cariño en periódicos como *Excelsior*, *Novedades*, *El Universal* y *Siempre*; en su patria de nacimiento la noticia de su muerte sirvió para que Radio Nacional de España y ABC aprovecharan para llenarle de injurias (Cabezas, 2005: 730-731, Saborit, 2005: 231-244), algo típico del trato que el franquismo dio a las grandes figuras políticas del exilio.¹¹ Ya que los medios de represión no habían podido eliminar físicamente a los líderes en el exilio, los medios de comunicación se encargaban de eliminar su condición de personas de bien, privándoles de ese “patrimonio del alma” que, según Calderón, es el honor.

Dilema frente al revisionismo

La presencia de este revisionismo falseador en el que se amparan las páginas de Internet donde domina la injuria, plantea un dilema concreto a los historiadores profesionales y a todo el ámbito académico: o bien ignorarlo, dado que no tiene categoría científica, o por el contrario hacerle frente.

¹⁰ Dos ejemplos de páginas injuriosas; Batiburrillo (4 abril 2005) y Red liberal (2 y 4 abril 2005).

¹¹ Saborit (2005: 231-244) en su *Respuesta a un calumniador*, escrita en 1962, rebate punto por punto todas las falsedades de ABC a la muerte de Prieto.

Enfrentarse al revisionismo puede parecer la alternativa más valiente pero no es seguro que tenga gran efectividad. Los libros revisionistas producen un gran ruido mediático que es difícil acallar contraponiendo una versión más acorde con lo acontecido, que siempre es mucho más compleja, a la que los historiadores profesionales han llegado tras un trabajo riguroso y respetando las fuentes.

A pesar de lo desagradecida que es la tarea, hay profesores universitarios, como el fallecido Javier Tusell o Alberto Reig Tapia (2005) que se han tomado la molestia de combatir el revisionismo.

En todo caso hay que ser realistas y reconocer que Pío Moa y autores similares venden mucho y por tanto tiene un público fiel, que cree o quiere creer todo lo que ellos escriben (Pérez Ledesma, 2006: 129 y Sánchez-León, 2006: 128). Es decir, un público que por simpatizar con el franquismo quiere tanto la justificación del golpe militar como la inculpación de las izquierdas de entonces, en las que los socialistas tenían un papel importante, con lo que ello conlleva de ensuciar el buen nombre del PSOE actual.

A modo de conclusión: reivindicar a un demócrata radical

De manera que como autora de este modesto artículo en el que se trata la actuación política y los discursos del líder socialista en México, me veo también ante el dilema de enfrentarme o no con el revisionismo. Dado el formato y las humildes pretensiones de este texto, no voy a intentar rebatir el contenido de los libros de Moa. Me limito simplemente a indicar que este publicista utiliza tendenciosamente las fuentes historiográficas, y lo mismo hace con las citas. Pero el presente artículo sí me da la oportunidad de contradecir las páginas de Internet en las que se injuria a Prieto, llamándole totalitario o epítetos similares. Aquí se ha resumido la actividad de Prieto durante su exilio mexicano, mostrando su infructuosa lucha por la vuelta de la democracia a España. Una lucha en la que incluso llegó a sacrificar su republicanismo a

la causa de los intereses de España. Se han comentado también sus apasionados discursos en los que expresa repetidamente su fe en la democracia y su interés por las cuestiones concretas que harían mejorar el funcionamiento de ésta. Como lo demuestran estas palabras suyas de 1942 en México, aludiendo a la segunda guerra mundial:

Soy demócrata por encima de todo. No vengo aquí a renegar de la democracia; vengo a exponer mis observaciones, por si en ellas hubiese atisbos sobre el modo de hacer eficaz la democracia. Hemos visto en esta guerra que la democracia esta enmohecida, que camina perezosamente y siempre llega con retraso a todas partes. Hemos visto - ¡Cómo negarlo! – que el totalitarismo, en orden de agilidad indispensable al Poder público, ofrece enormes ventajas. ¿Debemos por ello abominar de cuanto ha formado nuestros ideales? Jamás. El quid está en que democracia y eficacia sean compatibles; en que los regímenes democráticos tengan la misma agilidad de los regímenes totalitarios. (Prieto, 1991-1: 129-130)

Todas las fuentes historiográficas (discursos, cartas, intervenciones en los Congresos, artículos) dan prueba de que Prieto fue, como le define Miralles (1999: XI), un *demócrata radical*. También se puede confirmar la justeza de este calificativo en la extensa y detallada biografía de Cabezas (2005).

Rememorar a Prieto

Antes de concluir este artículo nos podemos preguntar parafraseando a Aróstegui:

“rememorar a Prieto, ¿para qué, con qué finalidad?”. Y una posible respuesta sería, para hacer algo tan poco académico como recomendar la lectura de sus discursos a dos grupos muy dispares de lectores. El primer grupo es el de los estudiosos, ya sean profesionales o aficionados, que se interesan por temas como retórica y oratoria política o/y por la historia del socialismo español en el exilio. El segundo grupo es el de los profesionales de la injuria en Internet, que en castigo deberían leer no sólo los discursos de Prieto en México, sino todos sus testimonios escritos.

Allí encontrarían además en Prieto (2004: 149) a un escritor y orador insatisfecho de su obra:

“Ni me gusta oírme, ni tampoco leerme. Amante de una sencillez que no logro conquistar, siempre encuentro exceso de palabras en mis producciones”, y continúa ya en tono irónico:

“Mis lectores y auditores son menos exigentes que yo”. Comenta más adelante sobre los efectos de un discurso suyo de 1953, burlándose de sí mismo:

La peroración recientemente grabada en México es de las que más elogios me han valido. ¿Por la forma, que he considerado lamentable? ¿Por el fondo, que reputo admisible? Ni por la forma, ni por el fondo. Las alabanzas giraron en torno al esfuerzo físico que yo acababa de hacer. “Ha hablado usted más de hora y media”, decía uno. “Hora y cuarenta y ocho minutos, según mi reloj”, precisaba el otro. “¡Y en que tesitura!” exclamaba un tercero. “Es increíble su energía a los setenta años y sobre todo con los achaques que le aquejan”, comentaba otro admirador. (Prieto, 2004: 152)

Gratitud a México

El periodista mexicano José Pagés Llergo (1962: 8-10) en su magistral y emotiva necrológica del semanario *Siempre* recordó a Prieto como orador y periodista privilegiado y lo pintó como “el hombre de las tempestades”, “un iluminado a quien la adversidad golpeó despiadadamente desde niño sin derrotarlo nunca”. Pero Pagés en su glosa no se olvidó de aludir a la ironía de Indalecio Prieto, quien quizás harto de presenciar tantos funerales en el cementerio español, le comunicó su deseo de ser enterrado en la mayor intimidad: “Sólo mis hijas acompañarán al pelmazo de Indalecio en su último viaje, y les evitaría este último fastidio si mi cadáver pudiese ir por sus propios pies al cementerio”. Quizás fuera ese distanciado sentido del humor lo que le ayudara a superar tantas adversidades y proyectos frustrados.

En un discurso radiado de 1947 Prieto reconocía sus tres grandes fracasos: el no haber podido evitar la guerra, no haber conseguido humanizarla y no haber podido acortarla (Cabezas, 2005: 574). A ellos se añadiría en el exilio su cuarto gran fracaso, no conseguir la vuelta de la democracia a España. Prieto tipifica así la figura trágica de un fracasado, de un gran perdedor que nunca se dio por vencido, a pesar de su “mala salud de hierro”.

Agradecemos a México que dio su generoso asilo a Indalecio Prieto Tuero y a tantos otros perdedores españoles.

BIBLIOGRAFÍA

Publicaciones periódicas

Aznárez, Juan Jesús (2003) “Bienvenidos a la paz. México” en El País Semanal Número especial: *Exilio. La historia olvidada*. Domingo 12/I/2003

Libros

Aróstegui, Julio (2006) “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil” en Aróstegui, Julio y Godicheau, Francois eds. (2006) *Guerra civil. Mito y memoria*, Ed. Marcial Pons, Madrid

Cabezas, Octavio (2005) *Indalecio Prieto; socialista y español*, Algaba Ediciones, Madrid

Fuentes, José Francisco (2005) *Largo Caballero. El Lenin español*, Ed. Síntesis. Madrid

Hellspong, Lennart (2001) *Metoder för brukstextanalys*, Studentlitteratur, Lund

Juliá, Santos, (2006) “Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura” en Juliá, Santos (dir) *Memoria de la guerra y del franquismo*, Ed. Taurus, Madrid
- (1997) *Los socialistas en la política española*, Ed. Taurus, Madrid

Lida, Clara (2002) “La voluntad de la memoria en el exilio de México” en VVAA (2002) *Exilio*, Ed. Fundación Pablo Iglesias. Museo Nacional de Arte Reina Sofía.

Mateos, Abdón (2005) *De la guerra al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas*, Ed. Biblioteca Nueva y Fundación Indalecio Prieto, Madrid

Miralles, Ricardo (1999) “Indalecio Prieto, un demócrata radical” págs. XI-XCII, texto preliminar a Prieto, Indalecio (1999) *Textos escogidos*, Ed. Principado de Asturias

Moradiellos, Enrique (2004) *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Ed. Península, Barcelona

Pagés Llergo, José (1962) “En *Siempre!* ha nacido una leyenda. Don Indalecio Prieto se ha ido” en Prieto, Indalecio (1996) *Palabras de ayer y hoy*, Ed. Fundación Indalecio Prieto y Editorial Planeta

Pérez Ledesma, Manuel (2006) “La Guerra Civil y la historiografía: no fue posible el acuerdo” en Juliá, Santos (dir) *Memoria de la guerra y del franquismo*, Ed. Taurus, Madrid

Prieto, Indalecio (2004) *De mi vida (IV)*, Ed. Fundación Indalecio Prieto

- (1999) *Textos escogidos*, Ed. Principado de Asturias

- (1996) *Palabras de ayer y hoy*, Fundación Indalecio Prieto y Editorial Planeta

- (1991) *Discursos en América*, tomos 1 y 2, Fundación Indalecio Prieto y Editorial Planeta

- (1975) *Discursos Fundamentales*, Prólogo de Edward Malefakis, Ed. Turner, Madrid

Pujante Sánchez, David (2003) *Manual de retórica*, Ed. Castalia-Universidad, Madrid

Reig Tapia, Alberto (2006) *AntiMoa*, Ediciones B, Barcelona

Saborit, Andrés (2005) *Semblanza de Indalecio Prieto*, Ed. Fundación Indalecio Prieto

Sánchez-León, (2006) “La objetividad como ortodoxia: los historiadores y el conocimiento de la guerra civil española” en Aróstegui, Julio y Godicheau, Francois eds. (2006) *Guerra civil. Mito y memoria*, Ed. Marcial Pons, Madrid